

MIGUEL HERNÁNDEZ: EL COMPROMISO SOCIAL COMO ACTITUD INHERENTE

Por
JOSÉ MULA ACOSTA

Antes de comenzar, parece necesario establecer una puntualización, de índole semántica, sobre el título de esta comunicación. Es evidente la incompatibilidad sistemática entre los términos «inherente» (cualidad que por naturaleza está tan íntimamente unida al ser que es inseparable) y «actitud» (que es una «disposición de ánimo manifestada exteriormente»; «postura»; «postura que se adopta frente a una idea, acción, etc.»; algo adoptado, adquirido en suma y, por tanto, no esencial).

Y además empleamos el término «actitud» no para referirnos a una actitud aprendida o doctrinaria: que se ha adquirido por influencia de personas o ideologías (quizá sería aplicable a la influencia de Ramón Sijé sobre Miguel Hernández), sino a una actitud propia o experimental: que es fruto de la experiencia personal del individuo. Ello no implica, ni mucho menos, negar la existencia de influencias ajenas en determinados momentos de la vida del poeta (F. García Lorca, V. Aleixandre, o Neruda, por citar casos muy evidentes), sino precisar que su papel es el de actuar de catalizadores, de referencias que informan unas ideas y unas experiencias subyacentes en el poeta.

Esta precisión «ab initio» parece necesaria, pues la digresión semántica permite situarnos en el punto deseado para tratar de explicar la raíz del compromiso social herndiano. Compromiso que desde su origen resulta conflictivo pues presenta una vacilación entre lo que es inherente por su condición de hombre del pueblo: hijo de una modesta familia de pastores y tratantes de ganado —no entro en la polémica sobre cuál era el grado real de pobreza— y la aspiración a superar este contexto e ingresar en el idealizado de la cultura, de la literatura, del escritor en suma. Y le hemos planteado como disyuntiva en su origen porque, sea por la situación económica familiar, sea por la cerrada actitud paterna —quizá el factor más decisivo— el caso es que ambas opciones le eran incompatibles.

Su vida no deja de ser un pulso entre la urgencia de salir de esa condición rural humilde, y el deseo de volver a su entorno natural, cuando se siente arrancada de él y no le llena la capa cultural o urbana que lo distanciaba. Esta añoranza ha de entenderse no como deseo de condición de pastor, sino como necesidad de no separarse vitalmente de esa naturaleza que constituye su hábitat necesario, comprendiendo el término naturaleza, tanto el paisaje como el hombre y sus problemas: el hombre humilde, el hombre de «su misma leche», utilizando sus propias palabras.

La tensión entre dos opciones que resultaban incompatibles, va a resolverse de forma diferente, y aparentemente contrapuesta, en las dos etapas más trascendentales de la vida del poeta. En la primera, desde 1930 hasta 1935, centrará Miguel todo su esfuerzo en un incesante intento de sustituir su condición de pastor pueblerino por la de hombre de la cultura, de las letras. Su obsesión personal adormece su vocación colectiva. En

la segunda, de 1935 hasta su muerte, estimulando por influencias externas, despierta de su aletargamiento y recupera su esencia solidaria, sin ningún tipo de reserva.

Como afirma acertadamente Francisco Umbral, hay una bifurcación entre naturaleza y cultura («segunda naturaleza adquirida»). Ambos elementos, se superponen pero no se funden; siempre subyace entero el campesino, el pastor-huertano, el hombre del pueblo. «Miguel Hernández es el hijo pródigo de la naturaleza, que la abandona un día, la sustituye por cultura y luego volverá a ella para siempre»¹.

Puesto que el hecho de su regreso, ese abandono del desclasamiento cultural para recuperar su «condición natural», es voluntario, deliberada y libremente asumido, es por lo que le hemos denominado «actitud».

Esa fidelidad a su clase, que no a su oficio, esa resistencia al desclasamiento, sólo puede explicarse por lo profundamente marcada que lleva su condición de hombre del pueblo.

Fidelidad que no se puede considerar ajena a su origen social humilde, condición de la que muy pocos escritores pueden hacer gala. Llamamos la atención sobre lo infrecuente de la extracción social desde la que Miguel llega a esa condición de escritor comprometido: pastor, con unos estudios básicos y una cultura debida, sobre todo, a esa indesmayable sed de saber que le acompañará siempre.

Al compromiso social –la solidaridad activa con los sectores explotados de la sociedad– los escritores pueden llegar por dos caminos. El más transitado lo conforman aquellos que, desde una posición social favorecida, burguesía generalmente, mediante un proceso de comprensión del problema, asumen voluntaria y altruistamente la tarea de subsanarlo, utilizando como instrumento su arte. El segundo, por el que se nos llega sólo algún caso como Miguel Hernández, no es tal «camino» pues el escritor no necesita moverse de su orgien: el seno de las clases más bajas. Está situado, pues, dentro del conflicto, como víctima de él; el desclasamiento no es necesario.

No podemos echar mano a una casuística muy extensa; el número de estos paradigmas no es demasiado elevado, debido, por una parte, a lo infrecuente que resulta que una mínima formación cultural y literaria llegue a estos sectores sociales; y por otra, a lo difícil que resulta, para aquellos que logran alcanzarla, sustraerse a la tentación de desclasarse.

Pocos son los casos como el de MH que encontramos entre los escritores coetáneos. No me resisto a echar una somera mirada por el panorama literario del momento:

Resulta innecesario, por evidente, hacer el cortejo del origen social con la de Generación del 27, universitarios y profesores, grupo de «señoritos cultos», por qué no reconocerlo, y dicho sin acritud ni menosprecio.

Si parece conveniente detenernos un instante en la generación en que suele incluirse a MH, la llamada Generación del 36. Una rápida ojeada por la nómina, siguiendo la adscripción que hace Luis Jiménez Martos², nos muestra que la mayoría alcanza un nivel de estudios elevado. Tenemos, clasificándolos por carreras estudiadas:

- *Licenciados y Doctores en Filosofía y Letras*: Germán Bleiberg, José Luis Canoo, Guillermo Díaz-Plaja, Ildfonso Manuel Gil, Juan Gil-Albert, Félix Ros, Luis Rojas Peña, Arturo Serrano-Plaja, Luis Felipe Vivanco.

- *Maestros*: Juan Alcaide Sánchez, Carmen Conde.

- *Licenciados y Doctores en Derecho*: Federico Muelas, José Antonio Muñoz Rojas, Leopoldo Panero, Carlos Rodríguez Spiteri, Rafael Santos Torroella.
- *Licenciados en carreras técnicas e Ingenieros*: Enrique Azcoaga, Gabriel Celaya.
- *Bachilleres*: Pedro García Cabrera, Fernando Gutiérrez, Juan Panero.

Acabamos con estos dos escritores sin estudios precisos pero relacionados con el mundo de las publicaciones: Francisco Pino (empresario y autoeditor) y Dionisio Ridruejo.

Mucho más popular es el origen de la mayoría de integrantes de otro grupo de escritores, coincidentes en tiempo, espacio e ideología con nuestro poeta, como es la llamada Generación del «Nuevo Romanticismo». [Denominación que parece imponerse a otras como: «Novela social», «Generación del 27», «Generación del 29» e, incluso, el de «Generación del 36»]³.

En ella es más frecuente la presencia de autores autodidactos de extracción obrera, que cultivan una «literatura proletaria», pero dentro de lo que se ha llamado «sector obrerista», sin demasiado contacto con el mundo rural. Situación que se da en autores como Luisa Carnés, Isidoro Acevedo, Graco Marsá, Julián Zugazagoitia o, en cierto modo, César M. Arconada.

Por último, relacionémosle con otro grupo que, aunque ocupa un lugar mucho más modesto que los anteriores dentro del mundo de las letras, tiene su importancia para Miguel: nos referimos a sus paisanos de llamado Grupo de Orihuela⁴. José Marín Gutiérrez (Ramón Sijé), Jurista; Justino Marín Gutiérrez (Gabriel Sijé), abandona los estudios de Filosofía y Letras en 1942; Carlos y Efrén Fenoll, panaderos, autodidactas; Manuel Molina, aunque se dedique a trabajar, inicia el Bachillerato; Jesús Poveda; Adolfo Lizón. Sólo Sijé tenía estudios superiores y, dentro de los básicos, Miguel no es de los más favorecidos en esta tabla.

Parece innegable lo infrecuente y notorio del caso de Miguel, más que por cuestión «económica» –investigaciones recientes tienden a poner de manifiesto que quizá no hubo tal «pobreza» o, al menos, que nunca fue extrema, especialmente en su infancia– por las dificultades que, a la hora de realizar sus sueños y aspiraciones culturales y literarias, encontró en su entorno familiar, léase padre.

Con cierta frecuencia vemos en sus escritos alusiones a su origen y condición de pastor humilde. Sirva de muestra el sentimental poema «Las desiertas abarcas». Aunque el «leitmotiv» sea el de la frustración que sufría el Miguel-niño cada Noche de Reyes, ante la ausencia de regalos, aprovecha para dejarnos su queja por la pobreza, no queda claro si real o impuesta, que lo motiva:

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras;
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.
Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.

En la misma dirección apunta una carta a Juan Ramón Jiménez, escrita con ocasión de su primer viaje a Madrid⁵. Extraemos estos párrafos que denotan una cierta utilización por parte del joven e ilusionado MH, de esa condición de pastor, que le puede con-

vertir en una especie de «rara avis» en el mundo de las letras nacionales, en el que trata de integrarse:

No le extrañe lo que le digo, admirado maestro; es que soy pastor. No mucho poético, como lo que usted canta, pero sí un poquito poeta. Soy pastor de cabras desde mi niñez. Y estoy contento de serlo, porque habiendo nacido en casa pobre, pudo mi padre darme otro oficio y me dio este que fue de dioses paganos y héroes bíblicos.

(...)

Mire: odio la pobreza en que he nacido, yo no sé..., por muchas cosas... Particularmente por ser causa del estado inculto en que me hallo, que no me deja expresarme bien ni claro, ni decir las muchas cosas que pienso.

El último párrafo descubre la cuestión que más le duele; no poder dedicarse por entero a las letras. Y este parece ser el factor detonante que pone en marcha su necesidad de huir de su entorno, premisa imprescindible para poder triunfar en la Literatura.

Qué hay sino deseo de triunfar en ese su primer viaje a Madrid a finales de 1931. Sólo la ingenuidad que muestra al emprender esta aventura, puede ser mayor que su ilusión por el éxito. Por eso no es extraño que le confiese a Ramón Sijé, tras llegar a la gran urbe⁶: «Mi única ilusión sería... ganar mucho, mucho dinero... el... para volver a Oleza y a la orilla... del Segura estarme cantando hasta morir!».

Más la realidad está muy alejada del deseo. Patética es la situación que confiesa vivir en Madrid como vemos en las sucesivas cartas que dirige al mismo Sijé⁷. Logra aguantar hasta la mitad de mayo, más no tiene remedio que encerrarse en Orihuela, no sin antes pasar por el penoso incidente de Alcázar de San Juan.

A pesar de la precariedad de su situación, reflejada en estas cartas y en las que, también en demanda de ayuda, dirige a todo el que cree que puede echarle una mano, ha aguantado cinco meses y medio. Desde el 30 de noviembre de 1931 al 15 de mayo del año siguiente. Baste ésto para demostrar la asombrosa fuerza de voluntad que esgrime a la hora de intentar mejorar su situación, de aumentar su bagaje cultural; el afán que muestra por superar sus carencias, por conocer, por perfeccionarse.

Retorna a su casa y pueblo, pero el fracaso no le amedrenta; sigue en su empeño de abandonar su condición, acuciado ahora, además, por la necesidad de demostrar su valía; dispuesto a superar el marbete, casi folklórico, de «cabrero-poeta» que le habían asignado las escasas publicaciones que se hicieron eco de su existencia y actividades literarias. Atribución que, no lo olvidemos, el mismo MH, un tanto ingenuamente, llegó a explotar, pero que ahora pretende superar, una vez mostrada su limitada eficacia como aval que le proyectara en el mundo de las letras.

Y va a realizar un asombroso alarde, demostrando que él también está capacitado para escribir en ese código, tan artificioso como brillante, que, aunque en sus últimos momentos, esgrimía la vanguardia literaria a la que se pretende incorporar. Un imperioso deseo de vindicación personal le mueve cuando decide enfrentarse con ese difícil reto de emulación que es *Perito en lunas*.

Sin embargo bajo ese forzoso ejercicio de afirmación de poeta, subyace lo más auténtico de Miguel: la fidelidad a su entorno natural, a su contexto vital. Lo que antes había sido cantado con resonancias romántico-localistas, ahora es objeto de una sorprendente transfiguración que lo convierte en algo hermético, críptico, en, como se ha apuntado reiteradamente, una especie de acertijos que el propio poeta se encargaba de descifrar.

Escondidos tras audaces metáforas, tras sorprendentes símbolos, están los objetos cercanos, humildes y cotidianos, que siempre le han rodeado: el toro, la palmera, la granada, el azahar, las veletas, el gallo, el río, el barbecho, el huevo, etc.

Esta afinidad con lo próximo, será una constante en toda su obra. Incluso aquellos temas más genéricos y manidos, al llevarlos a su entorno, quedan teñidos de su genuina personalidad. Sírvanos de ejemplo el paradigmático poema «Silbo de afirmación en la aldea». Lo más digno de destacar en él es el hecho de que un tema tan manido a lo largo y ancho de la literatura, aparezca aquí pleno de vigencia. El triunfo de lo auténtico, de lo natural de la postura del poeta, tan alejada de los juegos, de las poses estéticas, que han matizado el tratamiento del «Beatus ille...», hace posible este prodigio de revitalización. Como acertadamente sostiene el profesor Díez de Revenga: «Miguel da al poema, como siempre supo hacerlo, su aliento más personal; su propia existencia vive y se refleja a lo largo de todo el poema. Es su alma desgarrada la que late fuertemente entre las palabras de la silva»⁸.

La situación a su regreso no sólo le resulta insostenible y dolorosa, sino hasta vergonzante. A su «hermano» Ramón Sijé le escribe unos meses después, en el verano siguiente⁹:

No he salido de mi huerto desde que te fuiste. No he visto un periódico. Me avergüenza ir por Orihuela con mi vieja y señora y vieja indumentaria. Hasta que no aparezca el libro no podré hacerme otra.

En la misma línea desesperada se inserta otra carta, esta vez dirigida a su convecino D. Luis Almarcha¹⁰:

Es el caso, querido don Luis, que deseo vivísimamente estudiar y en casa no pueden o, no sé, no quieren mantenerme si no trabajo (mi padre dice: si no doy «producto», como una máquina o un pedazo de tierra). Yo me ahogo en mi casa. Me dicen que no hago nada. (...) Ellos no sabrán nunca que leer y hacer versos e inclinarse sobre la tierra, o sobre las cabras, son la misma cosa y para leer y hacer versos, como para trabajar es necesario (¿verdad?) amor. Y yo hago desde que pude lo que hago y siempre amo, y no hago lo que hice una vez y siempre odio.

El odio parece estar destinado al oficio de pastor, que él ve lejano, según denota la utilización de ese verbo en pretérito indefinido.

La publicación de *Perito en lunas*, tan anhelada por el poeta, no le soluciona ni los problemas económicos, como creía, ni su consagración como escritor y consiguiente rehabilitación ante los demás. Intenta vender ejemplares, se queja, se rebela, no muestra demasiado comedimiento en su autovaloración e, incluso, pone en evidencia los gustos literarios de sus coterráneos, aunque no le falta razón, si se tiene en cuenta que llegaron a acusarle de no escribir como su paradigma de poeta, ¡nada menos! que D. Ramón de Campoamor.

Por salir de Orihuela hace innumerables gestiones; hasta llegar a escribir a Jesús Poveda que está haciendo la «mili» en la Base de Submarinos de Cartagena, recabando información sobre cómo ingresar en esta institución. El deseo de abandonar Orihuela se impone al odio al sistema castrense que parece deducirse de alguna frase de la carta¹¹.

Significativa es la carta que dirige a García Lorca¹², con ese estilo tan peculiar que Miguel utiliza con él, tan diferente al de las cartas que dirige a los demás. Como si quisiera propiciar una relación que el poeta granadino rehúye, de forma bastante patente:

Por otra parte, en mi casa soy el cristo de los cinco sampedros: me niegan la mitad del pan; me niegan, padre y madre y sus hijos, como hijo de aquellos, como hermano de éstos; les avergüenza el que haga versos; no quieren darme vestidos nuevos, y

hasta los pantalones viejos que tengo no les quieren poner remiendos, que amordacen rotos proclamadores de nalgas mías. Hoy mismo, hoy, me han escondido la llave del huerto para que pudiera entrar en él (sic).

Y es que le es insoportable vivir sin poder practicar las actividades que han cambiado su vida: la lectura y la creación literaria. Al mismo destinatario envía otra carta en la que le manifiesta¹³: «No puede leer por no tener libros, escribir por no leer, estudiar por no leer también, luchar porque mi enemigo es mi arma: mi poesía».

Renegando de su antiguo oficio de pastor y dispuesto a no trabajar en otra cosa que no sea la propia poesía, escribe al Alcalde de Orihuela¹⁴, reclamando una pensión, concedida y sólo una vez pagada:

Por entonces hacía no mucho que había dejado de ir de pastor, oficio en el que estaba trabajando neciamente desde mi mejor edad, y que había partido a Madrid con un poco de dinero de mi trabajo y mis padres, ya que es en Madrid donde sólo puede haber ambiente propicio a las cosas de cultura.

(...)

Y aquí desde el estío pasado forjando poemas y buscando trabajo, un trabajo más digno que el de pastor que creo merecer en esta República de trabajadores (...).

Tres días después insiste en el mismo sentido, esta vez carca de Guerrero Ruiz¹⁵, en Alicante:

¿No podría lograr para mí de ese Ayuntamiento, de esa Diputación, una subvención, una colocación para mí, descolocado y pobre?

Creo merecer trabajar –aquí no hallo trabajo–, al menos para dejar de vivir en este desconcierto y sorda vida, humilde y humillado.

Como se ve, la poesía no es sólo para MH actividad vital imprescindible, sino también un posible medio para abandonar la dependencia de su familia y su precariedad económica. No se niega a trabajar, ni mucho menos, pero quiere hacerlo en Madrid, ciudad que para el poeta es el centro de toda actividad literaria que merezca la pena. En carta de enero de 1935, manifiesta a José Bergamín¹⁶:

«¿Quiere que le mande cinco, seis, siete (sonetos) escogidos para su revista mía, y me aliviara un poco la pobreza y el paro?»

Fíjese: mi ambición única es ganar un poco para tener un cachito de campo que cultivar y un mendrugo diario que comer en compañía. He nacido para estar por el aire y gastar estos tragos de Dios siempre. Yo estaría ahí. Me colocaría en Madrid el tiempo justo para hacer una cantidad pequeña y venirme y comprar un sitio que tiene escogido mi contemplación por estas tierras únicas».

La situación personal se complica con la formalización de su noviazgo con Josefina, y con el agravamiento de las relaciones familiares, en especial con su padre. Hasta tal punto que, en tono desesperado, se plantea la posibilidad de volver al pastoreo. A García Lorca¹⁷ va destinada la carta de la que extraemos este párrafo:

Te escribo en una situación penosísima: parado, ni pastor siquiera, con novia que no se conforma viéndome así, madre, padre, hermanas que tampoco, por nuestra pobreza. Y yo menos. Y no encuentro trabajo, y cada bocado que como es vigilado con el raballo del ojo por todos, que me quieren a regañadientes. No sé, pero si sigo así un mes más me irá Dios sabe adónde en busca de un ganado y un mendrugo.

¿Para qué este cúmulo de datos apuntando todos en la misma dirección? Para dejar claro que en este período de su trayectoria vital, el poeta está centrado en sus problemas, en sí mismo, obcecado en ese deseo de ser escritor. Sea como sea.

Su segundo viaje a la capital de España va a reportarle un cambio fundamental. La influencia de poetas con un compromiso social evidente como Rafael Alberti, M.^a Teresa León, Vicente Aleixandre o Pablo Neruda, le hace dar el paso, sentido y crítico, desde el catolicismo —compromiso a su manera, en su ruralismo patriarcal, primitivo— hasta la militancia activa de la poesía social. En ese proceso de vuelta al pueblo, no hay que olvidar el papel que pudo tener la experiencia de su viaje, en los primeros meses del 35, acompañando a E. Azcoa en sus «Misiones Pedagógicas».

Hasta 1935 la verdad es que difícilmente se le puede encontrar una postura de compromiso social, entendida desde el punto de vista de la lucha de clases. Su compromiso está con el hombre y sus problemas. Su compromiso, desde la perspectiva que le da el catolicismo imbuido por su entorno oriolano, consiste en aconsejar hermandad, paciencia, trabajo, etc., en la línea de resignación cristiana. Les remito al poema «Silbo de la sequía», y si quieren un planteamiento aún más claro vayamos a *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, en la que identifica lo negativo con lo revolucionario, personalizado en el personaje «El Deseo», al que el autor se opone desde una posición monárquico-conservadora no muy alejada de planteamientos fascistoides.

El cambio se detecta en algunas colaboraciones del año 35 y en la obra *Hijos de la piedra* (escrita a finales del 34, consternado por los hechos de Asturias), en algún poema como «Sonreídme», que cierra *El rayo que no cesa*, y, por supuesto, de forma plena e indiscutible, en *Vientos del pueblo*.

Hasta este momento no se puede decir que MH haya estado politizado, su actividad era sólo literaria. En algún momento con finalidad económica (trabajo encargado por Cossío, si a eso le llamamos L.^a, insistencia en publicar o colocar sus libros para paliar su endémica falta de recursos, etc.); casi siempre como necesidad vital.

La decantación se reafirma con el estallido de la Guerra Civil, cuando, fiel a la causa republicana, se alista voluntario en el 5.º Regimiento, el 23 de septiembre de 1936. A la sazón militante del P.C., según consta en la ficha de alistamiento, aunque esto no deja de ser algo accidental.

Lo esencial es que la tensión, sostenida desde el principio, entre naturaleza-pueblo y cultura-minoría se resuelve definitivamente en favor de la primera opción; se convierte en una dualidad superada, con la llegada de la Guerra. Su poesía social no será, no es, buscada, adoptada, sino que aflora espontáneamente del conocimiento directo de la realidad; no ha tenido que hallar y comprender previamente el referente que la provoca, sino que forma parte de él, está dentro de él.

Nacer, vivir, sufrir con los oprimidos es el argumento más contundente para defenderlos. No se desclasa, no reniega de su origen. Siempre se siente uno de ellos, pues con ellos compartió siempre miserias, frustraciones y esperanzas, y por qué no, a veces, alegrías. Escribe «en directo» sobre los hechos, sobre recuerdos, ideas o sentimientos. Su poesía es una irrupción cordial, vehemente y sincera, en la que importa ya más qué dice que cómo lo dice.

Es consciente de que gran parte del dolor y carencias de estas gentes se habría podido evitar con un poco más de solidaridad y menos egoísmo entre los hombres. Él va a intentar conseguirlo, especialmente a partir del trauma que para su ingenua personalidad supone el odio y la crueldad que rezuman los acontecimientos de la Guerra Civil.

El asesinato de su suegro es un aldabonazo en su conciencia, aunque las manifestaciones y múltiples gestiones que realiza para que le paguen la pensión a la viuda tienen un matiz particularista, ceñido al caso, más que un planteamiento genérico.

Como afirma en la introducción a su *Teatro en la guerra*: «... me metí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defender lo firmemente...».

De una entrevista publicada en «Nuestra Bandera» el 22 de agosto de 1937¹⁸ son las siguientes afirmaciones: «Las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma se pusieron más de lo que se ponían a disposición del pueblo, y comencé a luchar, a hacerme eco, clamor y soldado de la España de las pobrezaas que nos quieren legar (...)».

No podemos dejar de traer aquí algunas de sus propias palabras, tomadas de la narración del conocido y referido episodio de cómo en una de las forzosas retiradas del ejército republicano hacia Madrid, Miguel escucha el grito de «¡Me dejáis sólo, compañeros!», que desesperadamente lanza un moribundo mientras se desangra: «En aquellos instantes –cito– sentí que se me desbordaba el pecho; orienté mis pasos hacia el grito y encontré a un herido que sangraba como si su cuerpo fuera una fuente generosa!». Miguel carga con él sobre sus hombros y lo arrastra para protegerlo del intenso bombardeo mientras que le repite: «¡No hay quien te deje sólo, compañero!». Cierra el relato, a modo de conclusión, con estas palabras: «Y ahora, como entonces, me siento en disposición de no dejar sólo en sus desgracias a ningún hombre»¹⁹.

Significativo. Ni el miedo por la lluvia de balas y bombas que le impele a correr en busca de protección, ni la bala que le ha roto la hombrera izquierda de la chaqueta de pana, ni la fácil constatación de que su esfuerzo iba ser inútil ante la inminente muerte del herido, le detienen. Nada le detiene, el corazón vence a todo, y no puede sustraerse a la llamada de un hombre que agónicamente necesita la presencia de otros hombres.

La misma publicación citada nos suministra otra confesión importante de M.H.:

La poesía es para mí una necesidad y escribo porque no encuentro remedio para no escribir. La sentí mi condición de hombre y, como hombre, la conllevo, procurando a cada paso dignificarme a través de sus martillazos:

Me he metido con toda ella (la poesía) dentro de esta tremenda España popular, de la que no sé si he salido nunca. En la guerra la escribo como un arma, y, en la paz, será un arma también, aunque reposada.

Vivo para exaltar los valores puros del pueblo, y, a su lado, estoy tan dispuesto a vivir como a morir²⁰.

El amor al pueblo se patentiza en la valoración del trabajo como supremo valor y dignidad del hombre. Pastores, agricultores, obreros industriales, trabajadores manuales, etc., conforman la aristocracia del hombre que puebla sus poemas.

Viento del pueblo es un libro profundamente comprometido y, a pesar de la urgencia y didactismo que informa su creación, uno de los pocos libros militantes del frente que ha superado la circunstancia de la guerra, sin perder valor.

El poema «Sentado sobre los muertos» (VP) contiene toda una declaración de principios; no nos resistimos a entresacar los siguientes versos:

pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
(...)

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

El compromiso es profundo: una estrofa de «El niño yuntero» nos lo trasluce con claridad:

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

O esta de «Recoged mi voz»:

Abierto estoy, mirad, como una herida.
Hundido estoy, mirad, estoy hundido
en medio de mi pueblo y de sus males.

Posteriormente, a partir de *El hombre acecha*, aunque supera lo episódico de la lucha social del pueblo, trascendiendo el problema hasta situarlo en el nivel del hombre, no por eso pierde de vista lo concreto y puntual, porque son hombres concretos los que sufren y los que mueren, a la larga, y no las ideologías, o los principios abstractos. Tomamos de nuevo su palabra: en el poema «El hambre» (HA) nos participa:

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,
cicatrices y heridas, señales y recuerdos
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas.

Y en la segunda parte de «El herido»: «Para la libertad sangro, lucho, pervivo».

Otras veces es España la que le duele. En «Madre España» proclama:

Abrazando a tu cuerpo como el tronco a su tierra,
con todas las raíces y todos los corajes,
¿quién me separará, me arrancará de ti,
madre?

Abrazado a tu vientre, ¿quién me lo quitará,
si su fondo titánico da principio a mi carne?

Se podría aducir que la trayectoria vital e ideológica de M.H., un tanto vacilante y susceptible de cambiar debido a las influencias del momento, no permite sostener una fidelidad continuada a cualquier presupuesto ideológico. Sería cierto si se mira sólo superficialmente; si se profundiza, nos encontramos que hay unas constantes que subyacen, fieles al hombre, a lo largo de su trayectoria.

Puede servirnos como referencia una cuestión que por principio no parece ser lo más adecuado para sostener todo lo dicho, sino todo lo contrario. Nos referimos a su actitud religiosa. Su catolicismo inicial, prácticamente y sincero, no es un baldón, ni mucho menos, en su trayectoria posterior de luchador en una línea anticlerical, comunista. Y viceversa: tampoco la segunda postura del poeta debe ser considerada deshonrosa para la primera.

Entendámoslo como una muestra más de la necesidad de sentirse honestamente comprometido con los problemas del hombre, y que para él en aquellos tiempos de adolescencia estaba en ese catolicismo, comprometido a su modo, que se respiraba en el círculo aglutinado por Ramón Sijé. El catolicismo significaba en ese momento su vía de entrega, de solidaridad con los demás, la única que se le había revelado. Y, después, cuando su horizonte se amplía y despeja, descubrirá, o le descubrirán, lo que ha ido y va asociado a esa Iglesia que le deslumbrará poco antes (capitalismo, explotación del obrero, etc.) por lo que, con la misma sinceridad que había proclamado su religiosidad en los poemas de adolescencia, confiesa su alejamiento ahora.

Conocida de todos es la exposición de su crisis, que hace a Juan Guerrero en carta fechada en julio de 1935²¹, a la vez que justifica la publicación de obras anteriores, de corte católico. Se refiere a su auto sacramental y a los poemas publicados en *El Gallo Crisis*, así como su relación con esta revista:

Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico única y exclusivamente a la canción y a la vida de tierra de sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente. Sé de una vez que a la canción no se le puede poner trabas de ninguna clase: No sé explicar esto. Estoy haciendo un poema y se lo enviaré como ejemplo de lo que quiero decir.

Parece evidente que el poema a que se refiere es «Sonreídme», del que entresacamos:

Vengo muy safoficho de librarme
de la serpiente de las múltiples cúpulas,
la serpiente escamada de casullas y cálices;
su cola puso en mi boca acíbar, sus anillos verdugos
reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón.

(...)

Sonreídme, que voy
a donde estáis vosotros los de siempre,
los que cubrís de espigas y racimos la boca del que os escupe,
los que conmigo en surcos, andamios, fraguas, hornos,
os arrancáis la corona del sudor a diario.

Sin embargo, desde Sevilla en abril de 1939, manda a los padres de Ramón Sijé, especialmente a la madre, una postal, que reproduce el Jesús del Gran Poder, con el siguiente texto: «Madre: ahí te mando a Jesús del Gran Poder, para si es tan grande, que te restablezca en tu salud y en la de Justino y Mari Lola».

Y el 31 de mayo de 1939 insiste en otra postal: «Mariola: a cuidar de la mamá y a rezar por ella y por mí, porque no dure esta situación, que aunque no me entristece mucho, tampoco me alegra demasiado».

Estas manifestaciones no pueden entenderse como una claudicación oportunista, sino como deseos sinceros. Boca canónica aparte, su dignidad se mantiene. Significativas son algunas manifestaciones al respecto. Traemos a colación sólo una. La contiene una carta a sus padres escrita en la prisión de Ocaña²², lo que justifica su tono críptico: «En cuanto a esas gestiones apuntadas para obtener la libertad no las hago por razones que os expondré despacio».

Estamos, pues, con Cano Ballesta²³ cuando afirma que no se puede hablar de una antirreligiosidad, sino de un anticlericalismo; en todo caso, un archivo, no una destrucción, de sus relaciones con Dios.

La confianza en los hombres es lo que le hace realizar algo tan arriesgado como el regreso a Cox (19 de septiembre de 1939) para abrazar a los suyos. Tiene que mirar por ellos, como expone en una carta dirigida a Cossío²⁴ en demanda de trabajo y ayuda para su desesperada situación familiar:

Como no me encuentro bien de salud, ya que mi cabeza se resiste a mejorar, no me será posible dedicarme a un trabajo como el que tenía en Espasa-Calpe a su lado. Pienso en su tierra de Tudanca, y estoy dispuesto a trabajar en ella, a pastorear sus vacas, a lo que sea un trabajo manual, con tal de sacar mi familia, numerosa y necesitada, adelante. Si puede enviarme algún anticipo, o como quiera llamarle, por mi futuro trabajo en su tierra, hágalo sin demora, porque el hambre apremia, y me he encontrado a mi familia bastante agotada de salud y recursos.

Lo previsible se cumplió trágicamente. Y en la cárcel, cuando su enfermedad se agrava, sólo alguna vez se queja con amargura de lo inconsistente de ciertas amistades, que no mueven un dedo ni arriesgan nada para socorrer a él o a su familia. Pide ayuda pero lo hace manteniendo su dignidad; tratando de no forzar a nadie, como, cuando desde la cárcel de Ocaña, pide a Vicente Aleixandre, a través del también poeta Carlos Rodríguez Spiteri –dos de sus más asiduos valedores²⁵–: «Dile a Vicente que pronto le daré razón de mí, que no quiero que para nadie signifique atenderme violencia o mucho esfuerzo. Lo mismo te digo, Carlos».

Para finalizar, no podemos dejar de coincidir con Vicente Ramos cuando afirma²⁶:

Miguel Hernández, fue, sí, un gran poeta social, no político, no partidista (...)

Miguel Hernández no fue, no pudo ser, hombre de dogma, de partido, partidista: se lo impedía su fervoroso, arrebatado amor al ser humano, ser en y por la libertad. No importa su palabra juvenil, su afiliación, su carnet político temporal, exigido por las circunstancias. A nuestro poeta sólo se le puede adscribir al partido del hombre, del hombre libre. Y de este amor al pueblo, de esa fontana de autenticidades, surgió la norma que signó para siempre su limpia conducta, su rectilínea esencia. De un amor al pobre, al desamparado, amaneció su anhelo de justicia social; jamás de lo conve-nido por una facción política, aunque a ella se acercará por analogía en ideas y sentimientos.

Dentro de esa abierta camisa, esos pantalones de gastada pana, sobre esas alpargatas cuando no espartañás, había un hombre que siempre mantuvo profundamente hundidas sus raíces en la tierra y en las gentes que le vieron nacer. No se ha afirmado con ello que el poeta desease mantener siempre su condición humilde y oficio de pastor cabrero. Aparte de resultar falsa tal hipótesis, como queda demostrado, nos llevaría a un planteamiento simplista y maniqueo de la cuestión. No es intención de quien les habla erigirse en panegirista de un hombre que no los necesita. Se afirma sólo que se mantuvo siempre, honesta y valientemente, responsabilizado en la defensa del hombre. Así de simple.

Dejemos que nos lo diga él, con el poema 61 del CRA:

Dicen que parezco otro,
pero sigo siendo el mismo
desde tu vientre remoto.

NOTAS

¹ Francisco Umbral: «Miguel Hernández, agricultura viva». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 230, Madrid, febrero de 1969, Madrid. Recogido por María de Gracia Ifach: *Miguel Hernández. El escritor y la crítica*. Taurus S.A., 1975.

- ² Luis Jiménez Martos: *La Generación Poética de 1936 (Antología)*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1987.
- ³ Sobre la denominación y componentes véanse las Tesis Doctorales «*La Generación del "Nuevo Romanticismo"*», *Estudio bibliográfico y crítico (1924-1939)*» de M.^a Francisca Vilches de Frutos, Universidad Complutense, Madrid, 1084. y «*La narrativa de Joaquín Anderius. Constantes de una evolución: del Expresionismo al Nuevo Romanticismo*» de José Mula Acosta. Universidad de Murcia, Secretariado de Publicaciones, 1991.
- ⁴ Ana M.^a Reig Sempere: *La generación del treinta en Orihuela*. Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante, 1981.
- ⁵ Carta a J.R.J.: Nov. 1931. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 27-8).
- ⁶ Carta de 12-XII-31 a Ramón Sijé. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 29-31).
- ⁷ Véanse las dirigidas a Ramón Sijé, en 1932, los días 11 y 22 de enero; 6, 17, 22 y 23 de marzo; 15 de abril; 5, 10 y 17 de mayo (esta última ya desde Alcázar de San Juan). Recogidas por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández*.
- ⁸ Francisco J. Díez de Revenga: «Miguel Hernández, y la nueva visión de un tema clásico» *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, n.º 7, Alicante, 1972. Excmo. Diputación Provincial. Recogido por María de Gracia Ifach: *Miguel Hernández. El escritor y la crítica*. Taurus S.A., 1975.
- ⁹ Carta de 18 de agosto de 1932 a Ramón Sijé. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 42-3).
- ¹⁰ Carta a D. Luis Almarcha, 10-X-1932. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 44-5).
- ¹¹ Carta a Jesús Poveda, 2-XI-1932. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (pág. 46).
- ¹² Carta a F.G. Lorca, 10-V-1933. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 49-50).
- ¹³ Carta a F.G. Lorca, 30-V-1933. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 51-2).
- ¹⁴ Carta al Alcalde de Orihuela, 7-VI-1933. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 52-3).
- ¹⁵ Carta a Juan Guerrero Ruiz, 10-VI-1933. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 49-50).
- ¹⁶ Carta a José Bergamín, enero de 1935. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 66-7).
- ¹⁷ Carta a F.G. Lorca, 1-II-1935. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 67-8).
- ^{18, 19, 20} Publicados en «Nuestra Bandera» el 22 de agosto de 1937, y recogido entre otros por Vicente Ramos y Manuel Molina: *Miguel Hernández en Alicante*, Colección «Ifach», 1976.
- ²¹ Carta a Juan Guerrero Ruiz. Julio (?) de 1935. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 67-8).
- ²² Carta a su familia, 21-VI-1941. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 120-1).
- ²³ Cano Ballesta, Juan: *La poesía de Miguel Hernández*. Ed. Gredos, Madrid, 1962 (sobre el poema citado, págs. 36 y 37).
- ²⁴ Carta a José M.^a de Cossío, 19-IX-1939. Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 104-5).
- ²⁵ Carta a Carlos Rodríguez Spiteri (Ocaña, 16-III-1941). Recogida por Agustín Sánchez Vidal, en *Epistolario Miguel Hernández* (págs. 114-5).
- ²⁶ Ramos, Vicente: *Miguel Hernández*, Ed. Gredos, S.A. (Campo Abierto, 32), Madrid, 1973 (págs. 277-8, lo citado).